Gregorio de Tours
Historias

Introducción, traducción y notas de Pedro Herrera Roldán

Cáceres 2022

Esta obra ha sido objeto de una doble evaluación, una interna, llevada a cabo por el consejo asesor del Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura, y otra externa, efectuada por evaluadores independientes de reconocido prestigio en el campo temático de la misma.

© El autor
© Universidad de Extremadura para la 1ª edición (2013)
© Universidad de Extremadura para esta 2ª edición

Edita:
Universidad de Extremadura. Servicio de Publicaciones
C/ Caldereros, 2 - Planta 3ª. 10071 Cáceres (España)
Tel. 927 257 041; Fax 927 257 046
E-mail: publicac@unex.es
http://www.unex.es/publicaciones

ISBN 978-84-9127-143-7
ISSN 2255-4599
Depósito Legal CC-???-2022

Diseño: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura

Maquetación e impresión: Control P
(*Printed in Spain*)

El texto de este libro ha sido compuesto con caracteres de la familia Garamond

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Director de la Colección

Carlos de Ayala Martínez (Universidad Autónoma de Madrid)

Comité Científico

Martin Aurell (Universidad de Poitiers)
Bernard S. Bachrach (Universidad de Minnesota)
Matthew Bennett (Real Academia Militar, Sandhurst)
Emilio Cabrera Muñoz (Universidad de Córdoba)
Davide Maffi (Universidad de Pavía)
Leif Inge Petersen (Universidad Noruega de Ciencia y Tecnología-Trondheim)
Fernando Quesada Sanz (Universidad Autónoma de Madrid)
Clifford J. Rogers (Academia Militar de los Estados Unidos, West Point)
Eustaquio Sánchez Salor (Universidad de Extremadura)
Bernardo Santano Moreno (Universidad de Extremadura)
Porfirio Sanz Camañes (Universidad de Castilla-La Mancha)
Matthew Strickland (Universidad de Glasgow)

A la providencial y paciente Mª José

Contenido

Prólogo a la colección xiii

Prólogo a la segunda edición xv

Introducción xix
La Galia en tiempos de Gregorio de Tours xxi
La expansión franca xxi
El reino merovingio xxvii
El Autor xxxv
Biografía xxxv
Obras xlii
Las *Historias* xlvii
Cuestiones preliminares xlvii
La naturaleza de la obra y sus destinatarios li
La estructura del texto lxi
Las fuentes y su manejo lxx
Lengua y estilo lxxxiii
La presente traducción xciii
Selección bibliográfica xcvii

Historias 1
Prefacio general 3
Libro i 5
Libro ii 33
Libro iii 83
Libro iv 109
Libro v 153
Libro vi 209
Libro vii 251
Libro viii 287
Libro ix 323
Libro x 369

Apéndices 417
1. Mapa i 419
2. Mapa ii 420

3. Mapa iii 421
4. Cuadro genealógico de los reyes francos según Gregorio de Tours 422

Índices 423
1. De personas 425
2. De lugares 443
3. De pueblos 451

Prólogo a la colección

Durante años pensé que nunca llegaría a escribir este prólogo. *Tempus Werræ* constituye un viejo proyecto editorial que al fin ve la luz. Aunque por desgracia comentar asuntos de la investigación propia se ha ido convirtiendo más en un monólogo en el que uno pontifica y otro asiente que en un fecundo intercambio de impresiones, hace casi una década y media que, conversando con colegas y amigos e, incluso, con personas que el paso del tiempo ha convertido en laboriosas enemistades, les comenté lo interesante que quizá pudiera ser crear una colección de libros. Una serie que, sin ánimo de periodicidad estricta y que dedicada, de manera fundamental, al periodo medieval, diera acogida a traducciones de grandes fuentes narrativas nunca antes vertidas al español, reeditara títulos señeros de la literatura histórica que aunque hiciera mucho que estuvieran agotados seguían siendo importantes hitos historiográficos y, por último, también permitiera la publicación de monografías y actas de reuniones científicas originales. En suma, un sello que conjugara los fundamentos tradicionales con los que se hace la historia, los clásicos y las novedades. Por motivos diversos que sería demasiado prolijo explicar ahora, ese plan se ha ido posponiendo pero nunca ha caído en las garras del olvido. Contar con una tribuna en donde no sólo se mire a lo inmediato, sino que se halle abierta a contenidos amplios, donde primen la calidad y la ausencia de la terca endogamia, es tratar de otorgar a una Universidad, en este caso a la de Extremadura, de uno de los atributos más notables y exclusivos que debe poseer una institución académica que se precie y respete: evitar estériles localismos y eludir ser dominada por mentalidades de campanario de aldea.

A pesar de que la situación económica general y los ánimos ineluctablemente asociados a ella no son ni los más adecuados ni siquiera los más alentadores para emprender esta aventura editorial, ha parecido que el momento no podía ser retrasado más *sine die*. Por dos motivos. El primero es que, precisamente, en opacos días de crisis es cuando hay que ser algo atrevidos, hasta osados si se quiere decir así, aunque ello sólo sea con el fin de no dejarse minar por la desesperanza. La segunda causa es que creo con sinceridad que *Tempus Werræ* constituye un tipo de colección que hace tiempo demandaba nuestro panorama académico e investigador. Si cada vez corren peores tiempos para las Humanidades, condenadas por la practicidad de aquello que se valora como más rentable y la dudosa adoración a feos dioses que imponen la regla impaciente de lo urgente pero fugaz, éstas tienen la obligación de responder y recordar que somos lo que somos porque somos memoria, y también olvido: "Homo sum, humani nihil a me alienum puto". El día y la hora, no muy lejanos me temo, en

que esta antigua sentencia de Publio Terencio Africano deje de tener sentido, *Tempus Werræ*, la historia, y nosotros mismos habremos perdido la batalla. Pero para entonces ya nada tendrá demasiada importancia porque habremos dejado de ser lo que una vez, ufanos y arrogantes, fuimos. Quizá, si alguien pueda acordarse, podrá responder con la enigmática reacción que tuvo Macbeth cuando se le anunció la muerte de su mujer, la reina: "She should have died hereafter". Con la vista puesta en el hecho de tratar de ayudar a aguantar también nace, en instantes de tormenta, esta colección.

De una u otra manera, diferentes instituciones y personas han hecho posible que esta empresa salga adelante. El Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura, siempre atento desde su fundación a la publicación y difusión de obras de calidad. Gráficas Color, una empresa que a través de su director Constantino González, aún sigue apostando por el trabajo bien hecho más que sólo por la rentabilidad del producto. Los miembros del Comité Científico, Eustaquio Sánchez Salor, María Dolores García Oliva y Bernardo Santano Moreno (Universidad de Extremadura), Matthew Strickland (Universidad de Glasgow), Emilio Cabrera Muñoz (Universidad de Córdoba), Luis de Mora-Figueroa (Universidad de Cádiz), Martin Aurell (Universidad de Poitiers), Leif Inge Petersen (Universidad Noruega de Ciencia y Tecnología-Trondheim), Clifford J. Rogers (Academia Militar de los Estados Unidos, West Point), Matthew Bennett (Real Academia Militar, Sandhurst) y Bernard S. Bachrach (Universidad de Minnesota), han aportado sus valoraciones y opiniones científicas con generosidad y sin que tercie ninguna remuneración a cambio, salvo la de tratar con sinceridad que los trabajos que se puedan publicar sean tan buenos, interesantes y pulcros como ello sea posible. Aunque siempre partiendo de la base de que la perfección ni existe ni, tampoco, es deseable. Desde aquí mi más profundo agradecimiento.

Tempus Werræ se inaugura con una traducción crítica de las *Historias* de Gregorio de Tours, una obra nunca antes vertida a nuestra lengua. Gracias a coincidencias dignas de una novela de misterio, pude conocer a su editor y traductor, el Dr. Pedro Herrera Roldán, cuando precisamente buscaba un especialista que quisiera traducir este título fundamental del siglo VI. Desde entonces me he beneficiado de su profunda erudición y de su elegante amistad. Por mi parte, sólo quisiera reseñar las palabras del poeta inglés del siglo XIV Geoffrey Chaucer: "Go litel bok", alentó con suavidad a su *Troilus y Criseyde*. Espero que la fortuna acompañe a esta colección que comienza ahora su andadura. Ruego que así sea.

Manuel Rojas Gabriel
Cáceres, enero de 2013

Prólogo a la segunda edición

Se cumplen ahora diez años del nacimiento de *Tempus Werrae*, una admirable aventura editorial del Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura. Y decimos admirable aventura porque, lejos de caer en la ciega obsesión por la rentabilidad a corto plazo que actualmente domina incluso en el ámbito de las Humanidades, dicho Servicio decidió apostar por un proyecto de mayor alcance y calado: una colección cuyo principal objetivo fuera nada más y nada menos que la difusión en castellano de obras señeras de la historiografía medieval. No era un empeño frívolo o fruto de un capricho: muchos de esos textos, pese a su importancia para nuestra comprensión del Medievo o su relevancia dentro de la literatura y cultura europeas, corrían el riesgo de quedar relegados al conocimiento de un puñado de especialistas, en gran medida por no estar vertidos a nuestra lengua. El reto no era, pues, pequeño: ofrecer de estas obras unas traducciones rigurosas, basadas en las mejores ediciones de fuentes, y dotadas además de introducciones y notas que permitieran a un público lo más amplio posible adentrarse en un mundo en principio tan ajeno al nuestro. Y todo ello, un signo más de distinción, en volúmenes de una factura técnica digna de las editoriales universitarias más prestigiosas.

En el momento de la presentación de la colección, D. Manuel Rojas Gabriel, su fundador y primer director, consciente tal vez de los desafíos a que el proyecto se enfrentaba, manifestaba con cierta cautela su deseo de éxito y larga vida para el mismo. A día de hoy sus recelos pueden darse por superados y sus votos por cumplidos: *Tempus Werrae*, que desde primera hora gozó de una estupenda acogida, y no solo en medios académicos, se acerca ya tras una década de vida y algún que otro vaivén a la decena de títulos publicados y, excelente prueba del acierto de la empresa y su buena salud, para alguno de ellos se requiere ya una segunda edición al haberse agotado la primera. Tal ha sido el caso del título con que se inició la colección, las *Historias* de Gregorio de Tours, una obra fundamental de la historiografía altomedieval que todavía hoy es perfectamente capaz de cautivar a quien se adentre en sus páginas.

El interés que en la actualidad siguen suscitando Gregorio y sus escritos, particularmente sus *Historias*, no resulta difícil de explicar. Ante todo constituye nuestra principal fuente de información, en ocasiones la única, sobre la Galia en el siglo VI. Es cierto que nuestro autor nunca pretendió llevar a cabo una historia del pueblo franco como tal, y que su testimonio puede calificarse de todo menos de imparcial u objetivo; ahora bien, no se puede soslayar que el Turonense fue testigo privilegiado, y a veces incluso protagonista, de buena parte de lo que narra, razón por la que su obra, con todas las cautelas

que se quiera, resulta imprescindible a la hora de abordar el estudio de los reinos merovingios. Lo mismo se puede decir de muchas de las noticias que proporciona sobre Hispania, el norte de Italia o el Imperio bizantino. Pero con ser valiosa la información que el texto ofrece sobre aspectos políticos, quizá sea más interesante aún todo lo que nos enseña acerca de la vida cotidiana y mentalidad de una sociedad que se hallaba a caballo entre la Antigüedad y el Medievo, en la que convivían sin demasiado conflicto elementos romanos y bárbaros, y en la que la religión cristiana, pese a ser hegemónica, aún no había logrado erradicar por completo las creencias y costumbres paganas. Y no acaba ahí el atractivo de las *Historias*; en realidad su contenido es tan variopinto, que incluso un moderno investigador de la climatología o las epidemias puede encontrar provechosa su lectura dada la profusión de datos que al respecto aporta. Por lo demás, si apasionante es lo que se nos cuenta, no lo es menos la forma en que se hace: la peculiarísima lengua e inimitable estilo de Gregorio, amén de causa de mil quebraderos de cabeza para cualquier traductor, han sido, son y serán punto de referencia obligado para cualquier estudio que verse sobre la evolución del latín o sobre sus variantes vulgar y tardía. En definitiva, son muchas las razones que acreditan el interés de las *Historias* y le aseguran un lugar de honor en la literatura medieval europea; por ello creemos con sinceridad que la reedición de una fuente como esta está plenamente justificada.

Respecto a esta nueva edición hemos de señalar que, en contenido, es esencialmente la misma que la primera, pues ni la traducción de la obra ni su introducción o apéndices han experimentado alteraciones sustanciales. No obstante, su texto ha sido sometido a una profunda revisión con el fin de mejorarlo todo lo posible. Huelga decir que, para ello, se han subsanado en primer lugar cuantas erratas, algunas de ellas ciertamente enojosas, se habían advertido en sus páginas. Asimismo se ha procurado dar mayor coherencia interna a la traducción, algo realmente complicado tratándose de una obra tan extensa como variada y con un estilo realmente singular; para ello se han armonizado determinados aspectos formales y, en algún que otro caso, se han corregido criterios de traducción que en su momento se adoptaron con cierta precipitación y sin demasiada perspectiva. Por último, se han aprovechado varias de las numerosísimas novedades bibliográficas que durante estos diez últimos años han aparecido sobre Gregorio y sus *Historias*; en ese sentido es preciso reconocer que, ante la imposibilidad de tenerlas todas en cuenta, nos hemos debido contentar con recoger aquellas que, a nuestro humilde juicio, parecían más relevantes o cubrían alguna de las lagunas de que adolecía la primera edición. Gracias a sus aportaciones las notas que acompañan el texto se han visto, si no muy aumentadas en número, sí enriquecidas, matizadas o directamente corregidas. En cualquier caso, esperamos haber ofrecido un texto bastante más pulcro y congruente, así como una información secundaria algo más completa y actualizada.

Finalmente, este breve prólogo no estaría completo si no manifestáramos nuestro más profundo reconocimiento al Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura por su excelente labor editorial, y particularmente por apuestas tan valientes, y hoy quizá más necesarias que nunca, como la que supone la colección *Tempus Werrae*. Y por supuesto, sería una terrible muestra de *impietas* por nuestra parte si no agradeciéramos muy sinceramente a los responsables de dicho Servicio, tanto a los pasados como a los actuales, el haber depositado un día su confianza en el presente trabajo y haberlo considerado años después digno de una reedición. Conste aquí la enorme deuda de gratitud contraída con ellos.

Pedro Herrera Roldán
Cáceres, noviembre de 2022

Introducción

La expansión franca

Durante la primera mitad del siglo V, mientras las provincias del Imperio romano de Occidente iban cayendo una tras otra en manos de distintos pueblos bárbaros, la mayor parte de la Galia había podido mantenerse de forma relativamente estable, bien que con una creciente dependencia de contingentes aliados, bajo el control directo del Imperio. De esa manera, una vez pasado el peligro que supuso la irrupción de vándalos, suevos y alanos el 406, se pudo derrotar a los burgundios (436), contener dentro de ciertos límites la expansión de los visigodos (439) e incluso rechazar las temibles hordas hunas de Atila (451), entre otras amenazas menos graves. Ahora bien, tras la muerte el año 454 del general Aecio, que había empeñado casi todos los medios disponibles en la defensa de la Galia, se sucedieron con éxito los ataques contra un territorio cada vez más mermado: en la década central del siglo los alamanes empezaron a presionar desde sus asentamientos en la Alsacia, los bretones se fueron estableciendo de forma sólida en Bretaña y distintas zonas del valle del Loira, y los burgundios, tras ocupar las provincias Lugdunense I y Vienense, se extendieron rápidamente hacia el Sur. Mayor partido aún de la debilidad estatal sacaron los visigodos: establecidos oficialmente en Aquitania II desde el 418, ahora añadieron a sus dominios la Novempopulania, Septimania, Aquitania I y Auvernia, amén de varios enclaves importantes en la Narbonense. En realidad, en la segunda mitad del siglo sólo quedaban bajo el gobierno nominal de Roma algunos núcleos defendidos por tropas y mandos que todavía se consideraban leales al Imperio.

Entre los pueblos que decidieron aprovecharse del hundimiento del edificio imperial se hallaban también los francos, denominación que los romanos daban a una confederación de tribus germánicas asentadas al nordeste del Rin desde mediados del siglo III.[1] Durante esa centuria y la siguiente las relaciones con Roma de

[1] Así pues, este nombre, un vocablo germánico con el significado de "los bravos", tuvo desde el principio un valor meramente geográfico y sirvió para designar una serie de tribus entre las que se hallaban los camavos (quizá el núcleo en torno al que se aglutinaron las demás), brúcteros, catuarios, amsivarios, salios, sicambros, usípetes, tencteros y tubantes; con todo, pese a los lazos que imponía la pertenencia a la coalición, el sentimiento de identidad tribal se mantuvo en algún caso durante bastante tiempo. Por lo demás, historiadores bizantinos como Procopio, Agatías o Teófanes se refieren a ellos con el término genérico de "germanos".

estas gentes, políticamente organizadas en pequeños reinos tribales, se caracterizaron por una considerable variabilidad; en efecto, si frecuentes fueron las incursiones que, a menudo en colaboración con sus vecinos alamanes o sajones, lanzaron por tierra y mar contra distintos puntos del Imperio, tampoco faltaron las ocasiones en que prestaron ayuda a éste en diversos conflictos.[2] Sea como fuere, a lo largo del siglo IV se produjo una lenta penetración franca en suelo romano: aparte de los territorios limítrofes con el Rin que invadieron temporalmente, varias tribus se fueron estableciendo, ya en calidad de prisioneros de guerra (*dediticii*) ya de aliados (*foederati*), en zonas abandonadas o desprotegidas del *limes*, en especial el belga. Como ejemplo de este proceso pueden servir los francos salios,[3] que, establecidos hacia el 293 en Batavia (hoy Betuwe), el 358 reclamaban como propio ante el futuro emperador Juliano un territorio más al Sur denominado Toxiandria (actuales Limburgo y Brabante); esta gradual infiltración continuó luego hacia el Sur por los valles del Escalda y el Lys hasta tierras de Thérouanne, como atestiguan numerosos hallazgos arqueológicos.[4] El prolongado contacto con los habitantes del Imperio acabó por producir entre estas tribus, en especial las más occidentales, cierto grado de asimilación del mundo romano, como prueba el hecho de que desde época de Constantino hubiera individuos con ese origen en altos puestos de la administración y el ejército imperial.[5] Hasta donde sabemos, esta peculiar alternancia de colaboración y hostilidades se mantuvo durante la primera mitad de la siguiente centuria. De esa manera, si es cierto que los francos no sólo no participaron sino que incluso auxiliaron a las tropas romanas durante la gran invasión del 406, y también que en el 451 combatieron mayoritariamente del lado de Aecio

---

[2] La primera acción que las fuentes atribuyen a los francos es un ataque contra Maguncia fechado hacia el 241; posteriormente participaron en distintas correrías en época de los emperadores Galieno (275), Probo (276-282) y Diocleciano (286). Asimismo se sabe que entre las tropas que apoyaban a los usurpadores Póstumo (260) y Carausio (286) había contingentes francos. Cf. al respecto Zöllner (1970, p. 7) o Todd (1992, p. 180).

[3] Este nombre se aplica a uno de los grupos más importantes de la confederación, el de los francos originalmente asentados junto al mar del Norte, hacia la desembocadura del Rin; la historiografía tradicional los opone a los ripuarios, un término quizá no demasiado correcto que se refiere a las tribus menos romanizadas que habitaban el curso medio de dicho río. La frontera entre ambos la constituía la llamada *Silva Carbonaria*. En el futuro reino merovingio unos y otros acabarían conformando los territorios de Neustria y Austrasia.

[4] Sobre los primeros movimientos citados cf. respectivamente Zósimo *Hist.* III 6 y 7, y Amiano Marcelino XVII 8, 3. Este último es, junto con determinados panegíricos imperiales y la denominada *Notitia Dignitatum*, la fuente que más datos aporta sobre la relación del Imperio con los francos durante el siglo IV. También Gregorio de Tours (*Hist.* II 9) narra hechos correspondientes a esta centuria a partir de fuentes que no se han conservado. Que esta ocupación acabó teniendo un carácter agrícola se deduce de un testimonio de inicios del siglo V del poeta Claudiano (*Laud. Stil*. I 232-233).

[5] Sobre esta notable serie de personajes, que se prolongaría hasta finales del siglo IV y de la que ya habla Amiano Marcelino XV 5, 11, cf., entre otros, James (1988, pp. 41-43).

contra los hunos, no lo es menos que algunas tribus aprovecharon el desorden existente por entonces y atacaron el territorio imperial. Entre estas incursiones, que tuvieron frecuentemente como escenario la frontera renana, destacan los repetidos asaltos que en las primeras décadas de siglo sufrieron las ciudades de Maguncia, Colonia y Tréveris, si bien en algún caso, como en la campaña del 428, Aecio pudo contraatacar con éxito y reconquistarlas. Pero sería a partir de la segunda mitad de la centuria cuando la presión arreciase de forma irremediable: por el Este las tribus francas se hicieron definitivamente con Xanten (450), Maguncia (456), Colonia (459), Tréveris y Metz (475); por el Oeste los salios, que habían atacado Arras hacia el 450, tomaron en un momento difícil de precisar Tournai y Cambrai y llegaron hasta el río Somme dirigidos por su rey Clogión.[6] De hecho, un pariente de éste, el también rey Childerico, pese a seguir colaborando con lo que quedaba de autoridad romana entre el Somme y el Loira, podía considerarse ya señor *de facto* de los territorios de la antigua provincia Bélgica II, en una de cuyas ciudades (Tournai) fue hallada su magnífica tumba.[7]

Pero el impulso decisivo en dicha expansión vino de manos de un hijo de éste, Clodoveo, pues durante los aproximadamente treinta años que duró su reinado los francos prácticamente duplicaron sus territorios de partida.[8] El primer movimiento documentado de este personaje, que cuando sucedió a su padre el año 481 sólo era rey de los francos del territorio de Tournai, fue derrotar el 486 en Soissons al último representante del nombre de Roma, Siagrio, hecho que le valió apoderarse de las tierras hasta el Loira, río que momentáneamente hizo de frontera con los visigodos.[9] Siguieron entonces distintos enfrentamientos con pueblos bárbaros limítrofes, como los turingios en el 491, los burgundios hacia el 500 y, sobre todo, los alamanes, que en su avance amenazaban a los francos

---

[6] Sobre este último cf. Sidonio Apolinar *carm.* V 212-213, Gregorio *Hist.* II 9 y *Lib. hist. Franc.* 5.

[7] Respecto a la figura de Childerico cf. las reconstrucciones realizadas por Wallace-Hadrill (1962, pp. 160-163), James (1988, pp. 64-67) o Lebecq (2006, pp. 272-287), en gran medida basadas en hallazgos arqueológicos, en el testimonio de Gregorio *Hist.* II 9, 12 18 y 19 (estos dos últimos capítulos particularmente confusos), y en una epístola del obispo Remigio de Reims (*ep. Aust.* 2) de la que se desprende el dominio de este monarca sobre Bélgica II.

[8] El orden y la cronología exacta de las campañas de Clodoveo son mal conocidos, pues la principal (y en ocasiones única) fuente de que disponemos sobre ellas es el Turonense, quien es a menudo contradictorio en las fechas que ofrece (si es que éstas no son interpolaciones posteriores) y en todo caso maneja con una clara finalidad ideológica los no muy abundantes datos de que dispone. Sobre las distintas propuestas de datación de este período cf. el resumen de Spencer (1994, pp. 97-116).

[9] Cf. Gregorio *Hist.* II 27. La ocupación de estos territorios, quizá desarrollada a lo largo de varias campañas, pudo entrañar en ocasiones alguna violencia, si bien no debió de ser especialmente traumática, pues los francos llevaban ya algún tiempo establecidos o acantonados allí. En cualquier caso la conquista puso fin a un período de luchas entre numerosas facciones por el control de la zona.

del Este y que probablemente fueron vencidos el 506, según parece tras varias luchas.[10] Aunque no se conoce muy bien el alcance de todas estas victorias, que en algún caso no parece haber sido muy duradero, de lo que no cabe duda es de que sirvieron para absorber parte de los pueblos vencidos, extender el prestigio de Clodoveo entre los francos y el de éstos entre sus vecinos, así como para preparar el definitivo sometimiento de las mencionadas gentes en la siguiente generación. También parece que le proporcionaron al monarca franco las simpatías del Imperio de Oriente, que vio en él un útil contrapunto al peligro que suponían ostrogodos y visigodos. De hecho, estos últimos fueron el objetivo del siguiente golpe: después de varios choques (496 y 498) y alguna tregua (502), ambos pueblos se enfrentaron definitivamente el año 507 en Vouillé, cerca de Poitiers. La aplastante victoria de Clodoveo lo convirtió en señor de las ricas y muy romanizadas provincias que en la Galia constituían el reino de los visigodos, quienes únicamente pudieron conservar allí la Septimania y la Provenza.[11] A su regreso al Norte el vencedor recibió además en Tours el reconocimiento oficial del emperador Anastasio, que le concedió el título honorario de cónsul.[12] Por otra parte, tan importante como estos éxitos resultó el hecho de que Clodoveo lograse unificar por vez primera los distintos reinos que integraban la confederación franca, algo que llevó a cabo aun a costa del asesinato de muchos de sus parientes.[13] Finalmente, de gran acierto político puede calificarse también la decisión del rey de hacerse cristiano y bautizarse, que tradicionalmente se atribuye a la influencia de su esposa Clotilde y del obispo Remigio de Reims.[14] El que esta conversión se hiciera a la fe católica y no a la arriana, tan extendida entre los pueblos germanos, además de facilitarle el apoyo imperial le granjeó las simpatías de la mayoría de la población galorromana y, sobre todo, las de los obispos, que tan útiles se iban a demostrar en el gobierno de las ciudades recién conquistadas.

---

[10] Sobre todas estas campañas, cf. Gregorio *Hist.* II 27, 30 y 32, así como Mario de Avenches *Chron.* a. 500.

[11] Recuperadas al año siguiente por un contraataque del ostrogodo Teodorico, que aprovechó para retener en su poder la segunda. Para todos estos hechos cf. Gregorio *Hist.* II 35-37, Próspero *Chron.* p. 331, Casiodoro *Chron.* p. 160, Jordanes *Get*. 58, 302, Isidoro *Goth*. 36 o Mario de Avenches *Chron. a*. 509.

[12] Cf. Gregorio *Hist.* II 38, que narra la ceremonia de este nombramiento en unos términos que, como se verá, han suscitado muchas interpretaciones.

[13] Cf. Gregorio *Hist*, II 40-42, que atribuye estos actos a los últimos años de su reinado, si bien en algún caso se puede plantear una fecha anterior. Nuestro autor se refiere expresamente a las muertes de los reyes Cararico, Ragnacario de Cambrai, Rignomer de Le Mans y, muy especialmente, Sigiberto el Cojo, cuya desaparición puso en manos de Clodoveo la *Francia Rinensis*, el poderoso reino de los francos ripuarios con capital en Colonia.

[14] Cf. Gregorio *Hist.* II 30-31. Sobre la fecha, lugar y circunstancias de este bautismo cf. p. 69, n. 137.

El nuevo reino, cuya sede instaló Clodoveo en París,[15] siguió extendiéndose incluso cuando, tras la muerte de éste el año 511, fue repartido entre sus cuatro hijos. En efecto, Teuderico (511-534), Clodomir (511-524), Childeberto I (511-558) y Clotario I (511-561) continuaron, a menudo coaligados entre sí, con las campañas de expansión de su padre. Hacia el Sur los francos siguieron combatiendo con los visigodos hasta el 540 para asegurar su dominio hasta los Pirineos, si bien finalmente no pudieron arrebatarles la Septimania;[16] en cambio, les resultó muy fácil hacerse con la Provenza y sus prósperas ciudades, que los ostrogodos les cedieron el 536 junto con los restos del antiguo territorio alamán, a fin de ganarse su apoyo en la durísima guerra que a la sazón libraban con el Imperio de Oriente.[17] Por el Sudeste, tras dos campañas poco decisivas, los monarcas merovingios consiguieron anexionarse definitivamente el reino burgundio el año 534.[18] Asimismo colaboraron en sus ataques contra el Norte, donde entre el 530 y el 531 derrotaron a los turingios y los sometieron a su poder, lo mismo que, según parece, se hizo poco después con los sajones al otro lado del Rin.[19] Por otra parte, ya para esta época los francos se consideraban también señores de pueblos asentados en la Galia o territorios limítrofes como bávaros, bretones, frisios, anglos y sajones insulares, si bien en alguno de estos casos dicha soberanía fue más nominal que efectiva.[20] Animados por estos logros, los hijos de Clodoveo intentaron incluso atacar a los visigodos en la Península Ibérica el 541, si bien con poco éxito, y sacar partido de conflictos exteriores como la mencionada guerra entre ostrogodos y bizantinos, que les acabó

---

[15] Cf. Gregorio *Hist.* II 38. Desde esta ciudad el monarca podía controlar sus territorios de partida así como los recientemente adquiridos en Aquitania. Pese a los sucesivos repartos que habría de experimentar el reino franco, la posesión de París mantuvo un gran valor simbólico y su suelo fue escogido por varios reyes y reinas para enterrarse.

[16] Cf. Gregorio *Hist.* III 10, 21 y 22. Posteriores ataques, como los lanzados por el rey Gontrán el 585 y el 589, también resultaron fallidos (*Hist.* VIII 30 y IX 31).

[17] Cf. Procopio *Goth.* V 13, 14 y 27, así como Agatías *Hist.* I 6.

[18] Cf. Gregorio *Hist.* III 6 (campañas de los años 523-525) y 11 (conquista final del reino), así como Procopio *Goth.* V 13, 3 y Mario de Avenches *Chron. a.* 534.

[19] Más tarde ambos pueblos se levantarían contra el dominio franco; en el caso de los sajones tal vez con cierto éxito. Para todos estos hechos, cf. Gregorio *Hist.* III 7 y IV 10 y 14, Mario de Avenches *Chron.* a 555 y 556, y Procopio *Goth.* V 13, 1.

[20] En el caso de los bávaros, aunque a mediados del siglo VI el rey franco Teudebaldo consideraba "uno de los suyos" al duque bávaro Garibaldo, el año 589 se tuvo que emprender contra éste, ya convertido en rey, una campaña, según nos cuenta Pablo Diácono (*Hist. Lang.* I 21 y III 30). Sobre los restantes pueblos mencionados Procopio (*Goth.* VIII 20, 8-10) nos cuenta que los francos alardeaban en sus embajadas de un dominio más bien ficticio. Esto es particularmente cierto respecto de los bretones, pues aunque Gregorio (*Hist.* IV 4) afirme que se hallaban sujetos a los francos desde la muerte de Clodoveo, la realidad es que el territorio al oeste de la línea Nantes-Rennes era prácticamente independiente.

reportando la posesión del norte de Italia.[21] En definitiva, hacia mediados del siglo VI los soberanos merovingios controlaban toda la Galia excepto Bretaña y la Septimania, y extendían su dominio, directamente o por medio de "protectorados", sobre buena parte de Europa occidental. La confianza de la dinastía en sus propias fuerzas se hizo particularmente evidente bajo Teudeberto, el hijo de Teuderico; en efecto, durante su reinado (534-548) llegó incluso a acuñar moneda de oro con su efigie, un privilegio reservado al emperador, y a intentar una coalición de pueblos germanos que provocó una importante labor diplomática de parte de una recelosa Bizancio.[22]

Ahora bien, esta fuerza expansiva se perdió cuando a la muerte del rey Clotario, que el año 558 había reunificado los reinos francos, el territorio fue de nuevo desmembrado entre sus cuatro hijos, quienes en esta ocasión emplearon sus energías en una larga y compleja serie de enfrentamientos internos. De esa manera, Chilperico, el más perjudicado por el reparto, no tardó en intentar ampliar sus dominios a expensas de los de sus hermanos, un afán que no desapareció cuando tras la muerte de uno de ellos, Cariberto (567), su reino creció hasta llegar a las dimensiones de lo que pronto se conocería como Neustria. Sus ataques se centraron principalmente en el territorio de su hermano Sigiberto, lo que ocasionó una prolongada guerra a la que no pusieron fin los sucesivos asesinatos de ambos (575 y 584), las intervenciones del cuarto de los hermanos, Gontrán de Burgundia, ni tratados como el firmado en Andelot (587); en efecto, las hostilidades continuaron, alentadas por las viudas de los asesinados, Bruniquilde de Austrasia y Fredegunda de Neustria, durante los reinados de sus respectivos hijos, y sólo concluyeron el año 613, cuando, tras la muerte de todos los descendientes de Sigiberto y la eliminación de Bruniquilde, Clotario II, hijo de Chilperico, volvió a unificar todos los reinos francos. A partir de ese momento, aunque las divisiones del reino y las luchas entre sus reyes fueron la excepción, el poder de la dinastía merovingia no tardó en experimentar un largo pero irremediable declive.

---

[21] Pese a recibirse de ambos contendientes grandes sumas de dinero como pago a su ayuda, entre el 539 y el 546 los francos ocuparon los pasos alpinos, la mayor parte del Véneto y algunas zonas de Liguria, según nos informan Gregorio (*Hist.* III 32) o Procopio (*Goth.* VIII 24, 6-7). Esta dominación se mantuvo hasta la conquista de Italia septentrional por parte de los longobardos el 568. A partir de entonces se realizaron, de acuerdo con el Imperio, varias campañas sobre estos territorios, pero sin demasiados resultados. Cf. al respecto Gregorio *Hist.* VI 42, VIII 18, IX 25 y X 3.

[22] Sobre los logros y aspiraciones de este monarca cf. Collins (1983, pp. 7-33).

El reino merovingio

En la entidad política que Clodoveo había creado se mezclaban elementos antiguos y nuevos, romanos y germánicos, en una combinación que a la postre resultó muy afortunada, pues acabó dando lugar al reino bárbaro más poderoso y duradero de Occidente. En su cúspide se hallaba lógicamente el rey, que en la mentalidad de buena parte de la población había pasado de alguna manera a sustituir al ya lejano emperador. No obstante, esta monarquía, hereditaria a partir de Clodoveo, presentaba ahora unos rasgos que la hacían diferente de aquella de carácter básicamente sacro descrita por Tácito varios siglos antes: pese a haberse hecho con alguna de las prerrogativas de los antiguos régulos, como el juramento de lealtad del pueblo al principio del reinado, la posesión de una larga cabellera o la práctica de una especie de poligamia,[23] el nuevo rey era sobre todo un caudillo que se había impuesto por su éxito y prestigio en la guerra y cuya principal función era la militar: era él quien convocaba anualmente al ejército en los denominados "Campos de marzo" y quien generalmente lo dirigía en sus periódicas expediciones.[24] Estos poderes se vieron ampliados a la sazón con una importante serie de atribuciones heredadas del antiguo sistema imperial: administrativas (nombrar y destituir a los cargos públicos), judiciales (presidir una especie de tribunal de última instancia en que se trataban asuntos de gravedad), fiscales (ordenar nuevos censos tributarios) y legislativas (proponer y promulgar leyes). Por otra parte, merced a sus buenas relaciones con la Iglesia católica, los reyes francos se habían arrogado, como veremos, considerables derechos sobre sus jerarquías. Paralelamente, en el transcurso de sus campañas se habían apoderado del importante conjunto de tierras y recursos económicos pertenecientes al estado romano,[25] que, junto con el resto del reino, pasaron a considerar de su propiedad particular y, por lo tanto, susceptible de ser repartido entre sus herederos.[26] No obstante, los merovingios tuvieron que emplear

[23] Sobre la costumbre del juramento cf., entre otros testimonios, Gregorio *Hist.* III 14, IV 30, V 18, VI 12, VII 24 o IX 30. A su vez, la melena, con el carácter mágico que se le atribuía, fue el principal distintivo externo de la dinastía merovingia, como destacan Gregorio (*Hist.* II 9, VI 24 y VIII 10) y, entre las fuentes bizantinas, Agatías (*Hist.* I 3). Por último, la práctica de la poligamia, documentada ya por Tácito (*Germ.* 18) para los nobles y reyes germanos, se refleja también en varios pasajes de Gregorio (*Hist.* IV 3, 25 ó 26). Sobre todos estos aspectos y, en general, la evolución en el carácter de la realeza germánica cf. Wallace-Hadrill (1962, pp. 153-159), Cameron (1965, pp. 1203-1216) y James (1988, p. 163), quien ve en ella el origen de la dinastía merovingia.

[24] Cf. Gregorio *Hist.* II 27; en otros muchos pasajes de la obra (cf., por ejemplo, *Hist.* III 6, 7, 10 y 11) se nos muestra a los monarcas al frente de sus tropas.

[25] Se trata del denominado *fiscus*, un término que ahora se convierte en sinónimo de "tesoro real".

[26] De hecho así sucedió en varias ocasiones. En el caso de la división efectuada el 511 el reino no quedó seccionado en cuatro únicas partes, sino desmembrado en varias zonas no contiguas entre sí. Y es que, aunque se respetaron los términos de las *civitates*, cada heredero obtuvo una porción del territorio en poder de los francos antes de Clodoveo, a la vez que otra con partes de las zonas conquistadas por él.

buena parte de esas inmensas riquezas, que constituían la base de su poder, en realizar donaciones a la Iglesia y, sobre todo, en recompensar la lealtad de sus *leudes*, los aristócratas que los acompañaban, y los servicios de su *trustis*, el grupo de guerreros que, amén de proporcionarles escolta, formaba el núcleo del ejército.

A la hora de organizar y dirigir el reino los monarcas pudieron contar con los restos de los cuadros administrativos tardorromanos que las antiguas elites dirigentes aún estaban en condiciones de mantener. De esa manera, no vacilaron en rodearse de algunos de los antiguos funcionarios imperiales, si bien a ellos añadieron distintas dignidades ligadas a su propia persona, que a menudo asignaron a individuos de origen franco. Se fue formando así con elementos romanos y germanos una especie de cancillería en que se mezclaban asuntos públicos y privados y que seguía a los reyes en sus desplazamientos. El funcionario más importante de esta administración fue originalmente el referendario, pues era el principal consejero del rey en materias administrativas y financieras, estaba al frente de las oficinas reales (donde los notarios seguían emitiendo documentos conforme al estilo tradicional) y custodiaba el sello con que se rubricaban los edictos reales. También adquirió gran relevancia la figura del chambelán (cubiculario), pues además de ser el aposentador del monarca tenía bajo su cargo a los tesoreros (camerarios), responsables del tesoro real y de los impuestos y multas debidos al fisco. Ligados asimismo al soberano se hallaban los domésticos, encargados de administrar su hacienda, el conde de palacio, que presidía la corte y el tribunal de palacio en ausencia del rey, y el conde de los establos, una especie de caballerizo mayor con unas atribuciones militares que fueron en aumento. Por último, desde época muy temprana apareció también entre estos cargos palaciegos la figura del mayordomo, en principio un intendente de la casa real con poder sobre los domésticos, si bien pronto extendería su control a todo el personal de palacio, los jóvenes nobles enviados a la corte, la administración y la guardia real, y a la postre acabaría haciéndose hereditario y apoderándose de la mayoría de las atribuciones del monarca.

Pese a todo, la incapacidad de los merovingios para asimilar y conservar el aparato estatal, así como las continuas particiones y refundiciones del reino, las dificultades en las comunicaciones y el escaso o nulo grado de romanización de amplias zonas del mismo (como las conquistadas a alamanes, bávaros o turingios), dificultaron el desarrollo y la eficacia de una administración centralizada y ocasionaron que el gobierno del territorio descansase básicamente en una serie de duques y condes, unos cargos de época bajoimperial que adquirieron ahora mayor poder y

autonomía. Concretamente el duque, un cargo otorgado normalmente a magnates francos, vio ampliadas sus tradicionales funciones con alguna de las atribuciones de los antiguos caudillos (*duces*) germanos, y en ocasiones llegó a obtener una jurisdicción total sobre provincias lejanas o díscolas, como ocurrió por ejemplo con Turingia o Baviera. Por debajo de ellos se hallaban teóricamente los condes, una dignidad que generalmente recaía en miembros de las aristocracias locales y, en el sur de la Galia, en individuos de origen galorromano; no obstante, los poseedores de este título acabaron convertidos en los principales representantes del poder real en las *civitates,*[27] pues les fueron otorgadas atribuciones militares (a una orden del rey convocaban, pertrechaban y dirigían a los individuos que en su condado se hallaban sujetos a prestaciones militares), policiales (eran responsables de mantener el orden público), financieras (controlaban los ingresos de las fincas reales), fiscales (recaudaban los impuestos aduaneros) y judiciales (presidían los tribunales de la *civitas*). Por último, los reyes francos mantuvieron en Provenza la figura del patricio, que pasó de tener un carácter meramente honorífico a gozar de amplias atribuciones civiles y militares sobre dicho territorio. Con todas estas autoridades territoriales el soberano se mantenía en continuo contacto mediante correspondencia, las mencionadas asambleas de marzo y audiencias más o menos extraordinarias.

Se acaba de ver que entre los aciertos de Clodoveo se hallaba su adopción del credo católico, un gesto que por aquellos días hacía del franco el único reino bárbaro donde no se había impuesto la herejía arriana. Aunque la conversión del rey y su círculo fuese superficial y no se viera inmediatamente seguida de la de todo su pueblo,[28] la Iglesia católica no tuvo ningún inconveniente en colaborar estrechamente con la nueva monarquía, con lo que vio considerablemente reforzada su posición en varios sentidos, y no sólo en el carácter oficial de que ahora disfrutaba. En primer lugar se convirtió en objeto de continuas y generosas donaciones de tierra, exenciones fiscales y otros muchos privilegios, en una medida tal que no tardaron en dejarse oír quejas

[27] Se denomina así a los núcleos urbanos de cierta entidad y su territorio circundante (aproximadamente ciento veinte en la Galia); en las zonas más romanizadas se subdividían en distritos (*pagi*), a cuyo frente se encontraban los vicarios, subordinados del conde con funciones policiales y recaudatorias. En esta época las *civitates* se convirtieron en la principal unidad administrativa y, al mismo tiempo, en el primer referente de la solidaridad cívica en perjuicio del reino; de hecho, en las *Historias* no es raro ver como la tropa de una *civitas* ataca y saquea el territorio de las vecinas. A este último respecto cf., por ejemplo, Lelong (1977, pp. 23-24).

[28] De hecho, pese a la labor evangelizadora de los religiosos, que por lo general no se extendió más allá del Rin, el paganismo subsistió largo tiempo en amplias capas de la población franca, que en muchos casos se limitó a incorporar o asimilar el nuevo dios a sus divinidades tradicionales. Procopio (*Goth.* VI 25, 9-10) habla de que, todavía hacia el 539, miembros del ejército merovingio realizaban sacrificios humanos entre otros rituales paganos.

de dignatarios civiles e incluso algún rey, que veían la hacienda real cada vez más disminuida frente a la de obispados y monasterios.[29] Y por si fuera poco, se otorgó a los obispos unas atribuciones bastante amplias sobre sus diócesis, cuyos límites venían a coincidir con los de las *civitates*; de esa manera, dentro de su territorio eran los encargados de cualquier tipo de asistencia social (enseñanza, hospitales, limosnas y rescate de pobres), así como de velar por el derecho de asilo en iglesias y, muy especialmente, de defender a su comunidad frente a cualquier abuso de las autoridades civiles, lo que de alguna manera les otorgaba cierto control sobre las mismas.[30] Por último, este ascendiente de que gozaban las jerarquías eclesiásticas sobre el territorio de sus diócesis se extendió también al conjunto del reino, pues, a la larga, en sus concilios y sínodos se pudieron tratar y decidir asuntos relativos a cualquier aspecto de la vida diaria, una tendencia que no pocos veían como modelo del gobierno ideal. Ahora bien, como contrapartida los monarcas se arrogaron desde el I Concilio de Orleans[31] potestades como la de convocar estas asambleas episcopales, confirmar el nombramiento de prelados o elegirlos directamente, y no sólo entre el clero, sino también entre miembros de la aristocracia laica como recompensa a su lealtad y sus servicios.[32]

Las gentes sobre las que estos reyes gobernaban no formaban en absoluto un todo homogéneo: a una mayoría de galorromanos, a los que desde hacía siglos se habían incorporado en los núcleos urbanos importantes comunidades de judíos, griegos y sirios, se habían ido añadiendo elementos muy diversos, entre ellos bretones y germanos; de estos últimos el grupo más numeroso era el de los francos, si bien constituían un porcentaje exiguo de la población excepto en el nordeste del reino, zona en la que se asentaron mayoritariamente.[33] En un primer momento se mantuvieron las diferencias entre unos y otros en lo que a lengua, aspecto y costumbres se refiere; no obstante, no tardó en operarse la fusión entre los dos principales componentes, francos y galorromanos, sobre todo en las clases altas, un proceso al que seguramente contribuyeron

[29] Cf., por ejemplo, Gregorio *Hist.* IV 16 o VI 46.
[30] Lógicamente, en el ejercicio de estas atribuciones no fueron raros los conflictos con condes, duques, agentes de la administración central o los mismos reyes, como el propio Turonense documenta a menudo (*Hist.* IV 2, V 4, 14, 47 y 49 o *Mart.* II 27, entre otros muchos ejemplos). Por contra, no faltaron ocasiones en que los prelados, a menudo procedentes de familias aristocráticas galorromanas que consideraban el cargo como un bien hereditario, ejercieron estos poderes de forma tan despótica como las autoridades laicas (cf. por ejemplo *Hist.* IV 12 o V 20).
[31] Convocado el 511 por Clodoveo, en él se establecieron las pautas de relación entre la monarquía y la Iglesia, amén de una serie de normas concernientes a la organización y disciplina eclesiástica.
[32] Cf. respectivamente Gregorio *Hist.* V 20 y VIII 20, IV 5 y 26, así como III 17, IV 26, VIII 22 y IX 23, entre otros muchos ejemplos. Aunque la consagración de seglares no era vista con buenos ojos por la Iglesia, no fue una práctica inusual. De esa manera, Gregorio se quejaba de que bajo Chilperico "fueron ciertamente pocos los clérigos que alcanzaron el episcopado" (*Hist.* VI 46).
[33] Fuera de dichas áreas se calcula que los francos eran aproximadamente sólo un 2% de la población.